

---

---

## Capítulo XXXVI.

---

La toma del templo.

Teutila y Pilpatce estaban resueltos á librar á su patria á toda costa del yugo de los extranjeros.

Al efecto, reunieron en torno suyo en el teocalimayor á todos los mejicanos de más empuje, y llenaron de piedras la plataforma ó azotea del templo, en donde, como recordarán nuestros lectores, tanto por la descripción que de él hicimos, como de la lámina en que lo hemos representado, se hallaba la capilla ó dosel del ídolo Huitzilopchili.

Además de las piedras, tenían flechas, unas mazas de piedra y unas picas ó chuzos, en cuyas puntas había cortantes pedernales.

Los dos generales habían distribuido sus fuerzas de tal manera, que hicieran imposible la subida de los españoles á la plataforma del templo.

Había apostados muchos mejicanos detrás de las tapias ó murallas que circundaban en toda su extensión el teocali.

En el primer cuerpo del edificio había también mejicanos con piedras y con picas, dispuestos á estorbar el paso á los enemigos si lograban flanquear las murallas.

Por último, el grueso de sus fuerzas se hallaba en la plataforma, y como desde allí podían impunemente arrojar flechas y piedras á los enemigos, al acercarse estaban seguros de que si estos intentaban asaltar el templo, perecerían todos en la empresa.

No se ocultaban á Hernan Cortés las dificultades de aquella lucha, tanto más, cuanto que sabía que por la retaguardia le hostilizarían los mejicanos, y que en un momento dado tendrían que responder á su encuentro por las calles más próximas al teocali.

Pero era preciso salir de aquella situación embarazosa.

Era necesario, antes de abandonar á Méjico, necesidad imprescindible, escarmentar á aquellos hombres, para dejar en su memoria el terror, lo cual convenía á sus planes, que no eran otros que los de ir desmembrando poco á poco el territorio del imperio, dando la libertad á los que eran sus tributarios, con el fin de hacerse amigos y parciales, y más que nada con el de dividir las fuerzas de aquellos indígenas, único medio de llegar al logro de su fin, aunque en más tiempo y con mayores trabajos.

Escobar con los suyos partió inmediatamente al

teocali, seguido á poca distancia por Diego de Orgaz y su gente.

Apenas abandonaron el cuartel, tuvieron conocimiento de ello los mejicanos por sus espías, y se prepararon á la pelea.

Una lluvia de piedras recibió á la vanguardia española, y no fueron pocos los que vieron abollarse sus cascos y sus petos, y aun sintieron el golpe de aquellas armas dirigidas con energía y acierto.

Pero no por esto desmayaron, y del primer empuje lograron destruir á los que guardaban la puerta del templo, obligándoles á replegarse en la azotea del primer cuerpo del edificio.

Desde allí continuaron las piedras, á las que respondieron los españoles con sus arcabuces.

Pero á pesar del denuedo de los soldados de Escobar, les era de todo punto imposible avanzar por la gradería de mármol, que se hallaba coronada por multitud de indios, que con piedras y flechas, y en una posición ventajosísima, contenían el empuje de los españoles.

Acudieron las tropas de Diego de Orgaz, y los tlascaltecas, que deseaban á toda costa secundar en aquella ocasión á los españoles, porque era para ellos cuestión muy importante su triunfo, se lanzaron con más rabia que denuedo, yendo á clavarse ellos mismos en las picas y en las flechas de los mejicanos.

Gracias á esto pudieron ganar terreno los españoles, hasta el punto de luchar cuerpo á cuerpo con los que defendían las azoteas.

Esto fué una ventaja, porque los mejicanos que estaban en la parte superior no se atrevían, ni á disparar flechas ni arrojar piedras, por no herir á sus compañeros.

Así es que desde arriba ellos aguardaron que su bieran á unirse sus compañeros para atacar á sus contrarios.

Como solo que recuerden nuestros lectores la posición que ocupaba el templo y las condiciones de la ancha escalera que ocupaban los españoles, comprenderán las víctimas que necesariamente tenían que resultar de aquella lucha.

La sangre de los que caían á los golpes de los españoles era un nuevo obstáculo para que estos subieran, porque al manchar las gradas hacían más resbaladizo el mármol.

Todo el empuje, todo el denuedo de los españoles, tenía que estrellarse necesariamente en las ventajas que por el número y la posición tenían los mejicanos sobre ellos.

Una hora duraba ya el combate, y los españoles apenas ganaban terreno.

Hernan Cortés perdió la calma, y llegando con todo el grueso de su ejército al pié de la gradería:

—Es necesario que sucumbamos todos, ó que tomemos inmediatamente la posición de nuestros enemigos.

Y así diciendo, defendiéndose con la rodela y arremetiendo con la espada, subió al frente de sus soldados.

Los tlascaltecas se pusieron delante y sufrieron el primero y arrollador empuje de los mejicanos.

Consideren nuestros lectores qué fuerza de repulsion no tendria más de seis mil hombres hacinados en los pretilos en el final de la escalera, arrojando continuamente piedras y flechas sobre los que intentaban subir.

Pero era necesario sacrificarlo todo á aquel triunfo, y al fin los tlascaltecas y los españoles llegaron á la cumbre y trabaron en la espaciosa plataforma un combate, cuya descripcion horrorizaba.

Luchaban todos cuerpo á cuerpo.

Ya no se hacia uso para nada ni de los arcabuces, ni de las flechas, sino de las espadas y de las picas.

Muchos de los mejicanos, poseidos de un inmenso terror al ver que los españoles habian subido hasta la plataforma, se lanzaron desde los pretilos hasta el canal, hallando una muerte afrentosa como justo castigo á su cobardía.

Los tlascaltecas, poseidos de una furia infernal, á trueque de acabar con un mejicano, se abrazaban con ellos, se arrojaban tambien por los pretilos, sucumbiendo juntos lo que tal hacian.

No pocos bajaron precipitadamente las escaleras para refugiarse en las habitaciones interiores del templo, y al fin, despues de media hora de una lid salvaje, viéndose perdidos Pilpatoe y Teutila, que para dirigir las operaciones de sus soldados se habian refugiado en la capilla del ídolo, salieron, arrojaron

sus armas, dieron orden á los mejicanos de que pusieran término al combate, y como quien se entrega, se presentaron al caudillo de los españoles, quien al verlos en aquella actitud mandó á su vez suspender la lucha.

---

## Capítulo XXXVII.

---

### Heroísmo.

Hallábase en aquel momento el caudillo de los españoles en uno de los ángulos de la plataforma, muy cerca del pretil.

Pilpatoe y Teutila habian concebido un proyecto, y estaban dispuestos á realizarle.

Apenas llegaron adonde estaba Hernan Cortés, se postraron de hinojos.

—Os hemos reconocido,—dijo Teutila,—y de seguro no habreis olvidado que nosotros fuimos los primeros embajadores que os envió el gran Motezuma.

Hemos sabido la lucha que tenian lugar aquí, y como generales del imperio, hemos venido á interponer nuestra influencia para que cesase un combate que el gran Motezuma hubiera reprobado.

El triunfo es vuestro.

Pero sois generoso, y no dudamos que reconociendo en nosotros á vuestros antiguos amigos, nos abrireis vuestro brazos.

Hernan Cortés reconoció, en efecto, á los dos generales, y embriagado por el triunfo y alucinado por la aparente sinceridad de sus palabras, celebró aquella ocasion que ponía término á una lucha, cuyos resultados juzgaba muy mal para su causa.

—Os reconozco,—dijo á Pilpatoe y á Teutila,— y me complazco en hallaros en este instante. Jamás he negado mis brazos á la amistad.

Fingiendo un entusiasmo, que como verán nuestros lectores, tenia mucho de heroísmo, corrieron á precipitarse en los brazos de Hernan Cortés, y con arreglo á lo que habian calculado, en vez de estrecharle, cada uno de ellos cogió precipitadamente uno de los brazos del caudillo, y por medio de una evolucion instantánea, en la seguridad de que iban á morir, traspasaron el pretil con ánimo de arrojarse al suelo, arrastrando en su caída al caudillo de los españoles para que sufriera su misma suerte.

Pero en aquel momento, cuando no faltaba más que un segundo para que, perdiendo el equilibrio Hernan Cortés, fuese arrastrado por sus dos falsos amigos, se precipitaron los españoles sobre él, y cogiéndole por la cintura y por las piernas, hicieron un contrapeso tal, que fué de todo punto imposible á los dos héroes, que héroes merece llamarse por el sa-

erificio que iban á hacer en aras de la patria, realizasen sus designios.

—¡Miserables!—exclamó Hernan Cortés.

—Morirás con nosotros,—decían suspendidos de los brazos de Hernan Cortés y pugnando por arrastrale.

—¡No os decia yo,—exclamó un soldado, acercándose al grupo,—que presentia algo malo?

Aquel hombre era Botello.

Apenas dijo estas palabras, de un tajo con su espada dividió los dos brazos de Pilpatoe, cortándole las muñecas.

El cuerpo de aquel hombre se desplomó.

—Maldito seas!—dijo.

Y á aquella exclamacion acompañó un ruido seco, que estremeció á todos los circunstantes.

—Yo te vengaré,—dijo Teutila, haciendo un supremo esfuerzo para arrastrar en pos de sí á Hernan Cortés.

—Dios no lo quiere,—dijo una voz femenil, al mismo tiempo que una diestra armada de una afilada daga cortaba á Teutila la mano derecha.

El guerrero lanzó un terrible grito, é hizo lo posible para volver á ganar la balustrada, á fin de vengarse de aquel soldado que le arrebatava su presa.

Marina, que Marina era, con la punta de la daga empezó á dar golpes sobre los dedos crispados de la mano que aun tenia unida Teutila al brazo de Hernan Cortés; la mano se abrió de pronto por efecto del dolor, y del cuerpo de Teutila siguió alde su com-

ñero, en medio de la consternacion de los mejicanos, que al ver lo que habia pasado, y más que nada al ver á Hernan Cortés, que furioso despues de lo que acababa de sucederle, gritaba: »Pasadlos todos á cuchillo,» corrieron á refugiarse en la ciudad, dejando libre el campo á los españoles.

Todos querian perseguirlos.

Los tlascaltecas eran los que más deseos tenian de correr tras ellos para saciar su sed de venganza.

Hernan Cortés, dueño del teocali de Huitzilopochili, dejó en él un destacamento de españoles y unos quinientos tlascaltecas á las órdenes de Pedro de Alvarado, y partió con sus tropas al cuartel, en tanto que los mejicanos huian despavoridos y despertaban la más terrible ira en el corazon del nuevo monarca y de sus consejeros.

—Todo se ha perdido,—gritaron al entrar en el palacio.

—No, no se ha perdido todo,—exclamó un jóven que se hallaba al lado del monarca.—Yo os vengaré de la derrota que habeis sufrido. Yo haré pagar muy caro á los españoles los dias de luto y de desolacion que han venido á traer á nuestra patria.

Por la memoria del gran Motezuma, por el respeto que debo á su sucesor el gran Quetlahuaca, os juro no cesar de luchar al frente vuestro hasta haber exterminado á todos nuestros enemigos.

El que hablaba de esa manera era Guatimozin.

No sólo le impulsaban á tomar aquella actitud las desventuras de su patria.

Habia sabido la conversión de Motezuma, la conversión de su esposa y de sus hijos, y ya no era posible soportar tanta ignominia, tanta vergüenza.

Mientras esto pasaba en el palacio imperial de Méjico, Hernan Cortés, despues de llamar al astrólogo Botello y de estrechar su mano por haberle librado del peligro, preguntaba quién era el jóven español que le habia salvado de las garras de Teutila.

—Ese soldado,—dijo Marina, presentándose con el traje que durante aquel dia le habia servido para estar al lado de Hernan Cortés y luchar como el primero de los españoles;—ese soldado he sido yo.

Algun tiempo despues decia el caudillo á Marina, que ya habia abandonado su disfraz:

—Marina, te debo la vida, y aun á riesgo de romper los lazos que hacen imposible nuestro amor, juro amarte y ser esclavo tuyo.

Marina abandonó la habitacion de su amante, y ni ella ni él vieron al separarse que detrás del cortinaje de algodón que adornaba el lecho del cuadillo se ocultó un hombre, procurando contener su respiracion para que no se apercibieran de su presencia.

---

## Capitulo XXXVIII

---

Sed de venganza.

El hombre que se habia ocultado detrás del cortinaje del lecho de Hernan Cortés era Ilbialbi.

Desde el momento en que le hemos visto desaparecer, habia concebido sospechas de que Marina amaba á Hernan Cortés, y que el jefe de los españoles la correspondia.

¿Cómo, si esto era cierto, le habia ofrecido interceder por él?

Semejante engaño exigia una terrible venganza.

Amaba á Marina con verdadera frenesí.

Alentado por la confianza que inspiraba á la jóven por la intimidad con que le trataba, por la importancia de los servicios que le exigia, habia llega-